

La naturaleza del significado en el momento clínico

Afectividad en la respuesta del analista como instrumento para descubrir el significado del paciente *

Charles Hanly **

La discusión psicoanalítica contemporánea se plantea interrogantes respecto al significado. ¿Es el significado construido (Viderman, 1970) o descubierto (Arlow, 1959) en el proceso psicoanalítico? ¿Es el significado compatible con la causalidad? Cuando entendemos el significado de un síntoma, ¿hemos elaborado un relato sobre su origen o hemos descubierto su explicación causal? ¿Puede el psicoanálisis revelar objetivamente el significado subjetivo de la vida de un paciente?

Igualmente, la filosofía lingüística se plantea interrogantes respecto al significado. Sin subscribirnos a la opinión de que el análisis lingüístico puede resolver problemas filosóficos, podemos utilizar sus métodos para examinar el significado lingüístico de palabras cruciales tales como «significado». Dicho examen plantea la pregunta de por qué algunos analistas han basado su pensamiento en sólo una pequeña franja de la gran complejidad de significado que el lenguaje unifica a través de los usos de la palabra «significado».

El «significado» tiene varios significados. Uno de ellos es el significado lingüístico. Por ejemplo, «error psicológico» significa «un acto fallido inconscientemente motivado»; o «soltero» significa «varón adulto no casado». Las palabras tienen

* Conferencia brindada en APU en setiembre de 1994. Traducción del inglés de Abraham Drassinower y Fania Urbina.

** Prof. Ch. Hanly. Soc. Canadiense de Psicoanálisis. 27 Whitney Avenue. Toronto, Ontario. M.4W to A7. Canadá

significados que pueden comunicarse mediante sinónimos. Pero la palabra «significado» tiene otros usos. Uno de ellos es el significado afectivo. Puede decirse, por ejemplo, que un artefacto, un reloj de pulsera, una pintura, una fotografía, un mueble, aún cuando carentes de gran valor en sí mismos, tienen muchísimo significado para su propietario por tratarse de regalos de una madre o padre fallecido. Sus significados se encuentran en las asociaciones cargadas de afecto que incitan en su propietario. De manera similar, el recuerdo de una abuela o un abuelo tendrá significado especial para una persona si, por ventura, la fiabilidad de su amor y cuidado sirvió de protección contra algo del trauma causado por padres negligentes. Lo mismo puede decirse de una identificación con un objeto perdido. La palabra «significado» varía de sentido cuando es usada por un paciente que dice que su vida ha dejado de tener significado. En este caso, «significado» significa «propósito», «valor», «satisfacción». Varía también el significado de «significa» cuando un paciente pregunta con enojo, «¿Qué significa esto de cobrarme por la sesión a la que falté ayer?». En este contexto, «significa» significa «¿Qué razón legítima puede Ud. tener para cobrarme?». Aquí «significa» significa «razón». Se dice que para un marinero o un agricultor, un cielo rojizo al anochecer significa que a la mañana siguiente habrá buen tiempo. «Significa» significa entonces «señal», «síntoma», «augurio», «indicio». Un suceso natural está siendo asociado a otro sin que dicha asociación implique que el primero es causa del segundo. De manera similar, un paciente angustiado puede preguntar, «¿Es que mi impotencia con mujeres significa que soy homosexual?». O un mecánico puede decir que «la manera en que el motor está funcionando significa que el distribuidor no está funcionando bien». O un analista puede interpretar, «Su necesidad de alardear sobre su trabajo significa que Ud. duda de su capacidad de tener éxito en el trabajo». En estas instancias, «significa» significa «es un signo de», «está asociado a» o «es causado por». Finalmente, el «significado» tiene un significado lógico. La palabra «significado» se utiliza para indicar una inferencia o implicación. Cuando preguntamos, «¿Qué significa el hecho de que la palabra *significado* tiene estos significados (usos) distintos?», estamos preguntando, «¿Qué puede inferirse a partir de estos hechos?» Probablemente hay aún otros significados del «significado», pero estos tendrán que bastarnos por ahora.

¿Por qué unifica el lenguaje estos fenómenos aparentemente distintos? ¿Es acaso porque Freud (1921, p.11) dijo de la palabra «amor», el uso lingüístico permanece fiel a cierto tipo de realidad? Postulo que, en efecto, estos significados y usos del «significado» están interconectados y, que por ende, son inherentes al momento clínico.

El ejemplo que ofrezco a continuación ilustra que defino «momento clínico», principalmente, no como una unidad de tiempo, sino como una secuencia independiente que puede discernirse y que posee su propio desarrollo de principio a fin dentro de un proceso analítico causalmente ligado a sucesos tempranos de la vida de una persona.

Durante un fin de semana, el señor J. se había mudado de una casa alquilada, donde vivía en un matrimonio consensual con Marie y los dos hijos de Marie, a una casa de huéspedes. Marie había insistido en la separación a causa de los enfurecimientos del señor J. que frecuentemente lo conducían a abusarla verbalmente y amenazarla físicamente. Ese lunes, el señor J. llegó a su hora analítica, apesadumbrado, exhausto y en desorden. Era invierno y hacía un frío tremendo. El señor J. había pasado una noche de insomnio pues el calentador de su habitación no funcionaba. Hacía muchísimo frío en su habitación. Regresó a su casa en plena noche, tocó el timbre y llamó a Marie. Sollozó desconsoladamente en el porche y se enfureció, todo sin resultado. En sus sesiones analíticas siguientes, lanzó invectivas contra el egoísmo y la crueldad de Marie. Después de todo, era él quien había encontrado la casa, la había alquilado y había vivido en ella antes que Marie se mudara a vivir con él. La casa era, sin duda, del sr. J., pero ahora Marie vivía en ella. También lanzó invectivas contra la indiferencia para con su salud y comodidad por parte de la posadera de la casa de huéspedes. Pensó en conseguirse un pequeño calentador eléctrico, pero descartó esa solución objetando que el calentador podría ocasionar un incendio y quemarlo mientras dormía. Solamente quería ser restituido a Marie y retornado al bienestar de su hogar. La determinación de Marie en forzar la separación, aún cuando él le ofreció dejarle la casa, lo llenaba de dolor, indignación, furia y frustración. La imagen del señor J. llorando desconsoladamente en el porche delante de la puerta cerrada en sus narices no puede dejar de inspirar lástima. Pero sus frecuentes arranques de rabia contra Marie y la posadera me recordaron los intentos de intimidación física que, en una primera instancia, habían hecho que Marie insistiera en la separación. Un día, en una estación de metro, se había mostrado tan amenazador y fuera de control que Marie temió ser empujada bajo las ruedas de un tren. Aún así, después de varios días de tormenta, me sorprendió su respuesta a mi interpretación: «Tan grande es su deseo», le dije, «que yo crea que Marie y la posadera lo están tratando injustamente, que las censure y que lo ayude, que por toda una semana Ud. ha sufrido gran incomodidad física sin hacer nada por ayudarse a sí mismo». El señor J. respondió con asombro: «¡Dios mío! ¡Yo mismo apagué la calefacción la primera noche que estuve allí, hacía mucho calor en el cuarto!».

La recuperación de este recuerdo le permitió mejorar el cuidado de su persona e

inmediatamente puso en juego asociaciones que revelaron el origen sádico de su temor masoquista de utilizar un calentador eléctrico. El señor J. había construido un dormitorio para los niños de Marie en el ático de la casa alquilada usando alambres eléctricos de calidad inferior. Y, sin hacer nada al respecto, había pensado que los niños tendrían dificultad en escapar en caso de incendio. El señor J. descubrió sus sentimientos de culpa, celos y hostilidad hacia ellos. Descubrió también su identificación con ellos como niños desamparados y en peligro. Su acto fallido con la calefacción lo había puesto en la posición de los niños —desesperado, en manos de una figura parental peligrosa. El acto fallido demostró ser parte de una actuación de memorias traumáticas pertenecientes a su segundo año de vida, durante el cual su madre dio a luz a su hermano. El señor J. había sentido celos intensos. Había tratado, a su manera infantil, de castigar y controlar a su madre, golpeándola, desobedeciendo y echando rabietas. La madre, ama de casa quisquillosa e insatisfecha, tuvo que regresar al trabajo poco después del nacimiento del hermano para complementar los ingresos familiares. Y mientras el recién nacido fue encomendado al cuidado de la abuela en el hogar familiar, el señor J. fue encomendado al cuidado de unos vecinos que no conocía. Infeliz, protestó violentamente en contra de ese arreglo hasta que cayó en una quietud depresiva, desesperada y precaria.

Quisiera proponer que el significado del «significado» en un momento clínico psicoanalítico revela una riqueza multifacética e incluye la variedad de factores que han sido examinados minuciosamente por filósofos en búsqueda de una comprensión de la naturaleza y del génesis del significado.

El significado es lingüístico. El significado depende del lenguaje. Así como la verdad y la falsedad son propiedades de proposiciones (Tarski, 1944), de ese mismo modo el significado es una propiedad del lenguaje. El significado de una palabra o expresión se encuentra en los contextos en los que se usa y en la manera en la que se usa en dichos contextos. «El significado de una palabra radica en su uso en el lenguaje» (Wittgenstein, 1953, p. 20) o «saber lo que una expresión significa es saber cómo puede ser o no ser usada» (Ryle, 1966, p.255). La opinión de Quine (1953) es que el significado guarda relación con las formas del lenguaje: sinonimia y secuencia significativa. Los significados del «significado» fueron señalados previamente en este ensayo por medio de una identificación de los contextos diferentes en los que se usan la palabra «significado» y sus sinónimos.

Es indudable que el lenguaje desempeña un papel fundamental en la creación del significado en el psicoanálisis clínico. Sin embargo, el concepto del significado en el psicoanálisis no puede limitarse al significado lingüístico. El aforismo de Freud para descubrir la cura analítica, «donde el ello estaba, allí el yo estará», puede interpretarse como «expresar lo inexpresable». Tal como ilustrado en el ejemplo anterior, los recuerdos reprimidos continúan ejerciendo influencia sobre las actitudes, los estados de ánimo, los afectos y el comportamiento. Pero una vez reprimidos, su significado ya no puede ser expresado por medio del lenguaje. En estas circunstancias, acceder al significado y comunicarlo requiere regresiva-mente de la actuación. El acto fallido de mi paciente fue uno en el que la represión del recuerdo de haber hecho algo —haber apagado la calefacción— produjo una abertura a través de lo cual derivados de recuerdos o fantasías inconscientes de querer dominar a una mujer abusiva y vengativa, y de haber sido víctima de una mujer, lograron desbordarse hacia el comportamiento y hacia la definición de la realidad. Para el señor J., Marie y la posadera se convirtieron en representantes de la madre traumática y privativa, y, por lo tanto, adquirieron aspectos de su significado. Marie y la posadera adquirieron para él el significado consciente de «mujeres que le estaban haciendo daño». Dicho significado consciente le permitió mantener su propia furia hacia las mujeres, al igual que los recuerdos que dieron lugar a ella, en condición inconsciente (ver Freud, 1924a, 1924b).

El señor J. podía expresar su pesar, furia, indignación y desamparo por haber sido maltratado. Su propia contribución a *sus* dificultades, sin embargo, permanecía inexpresada y sin reconocimiento. Su capacidad de utilizar el lenguaje como medio de comunicación se veía obstaculizada por una fantasía que falsificaba su experiencia de la realidad. La represión había desconectado el recuerdo de lo que había hecho —sus intentos de intimidar físicamente a Marie y su haber apagado la calefacción— de la posibilidad de ser expresado verbalmente. Se debe apreciar cuidadosamente la complejidad de este tipo de experiencias que pueden falsificar la realidad contemporánea, al mismo tiempo que pueden, de manera muda, traer a escena una verdad respecto a una realidad anterior. El señor J. necesitaba poder decirse a sí mismo, «Yo mismo apagué la calefacción; la posadera no tuvo nada que ver con el asunto», pero no podía dirigirse a sí mismo de ese modo porque en ese caso procesos asociativos hubieran puesto en juegos las ideas contiguas, «Yo he abusado de Marie y la he amenazado; es por eso que me botó». La capacidad de comunicarse a sí mismo el significado verdadero o real de un acto propio en el pasado repara el desgarramiento en

la experiencia que uno tiene de sí mismo, de los objetos y del mundo, y permite asumir responsabilidad por los actos propios y por los efectos que dichos actos han tenido en otros. Aún cuando sucede que el significado se extiende más allá del lenguaje, el significado verbal tiene un lugar irreducible en el psicoanálisis clínico por su contribución a la resolución de conflictos psíquicos y a la maduración (ver Freud, 1915).

Aunque el significado lingüístico es importante para el psicoanálisis, el significado afectivo tiene un lugar no menos prominente. La vida afectiva de los seres humanos es una fuente importante de significado en el momento clínico. Por varios días mi paciente vivió en un mundo frío, prohibitivo y privativo, un mundo saturado de recuerdos inconscientes de su experiencia del arreglo con sus vecinos cuyo cuidado no podía aceptar. Las descripciones de Sachs (1993) de la ausencia de afectividad en la experiencia de paisajes por partes de personas autistas nos permiten, por un lado, apreciar con gratitud la fecundidad de significado con la que nuestra afectividad enriquece nuestra relación con la naturaleza y, por el otro lado, darnos cuenta con tristeza de la experiencia empobrecida del autístico. Un autístico inteligente puede observar y conceptualizar la vastedad de las montañas pero no puede experimentar su majestad y su grandeza. Esta comparación con la experiencia autística plantea la pregunta del origen y la naturaleza de estos tipos de significados que nuestra vida afectiva parece encontrar en las cosas — la majestad y la grandeza que encontramos en las montañas Roches pero no en las Berkshiers, que presentan, en cambio, mayor accesibilidad y domesticidad. Locke se refirió a estos significados como cualidades terciarias, y los derivó de la subjetividad. Pero me parece que la epistemología estética de Wollheim (1993) ofrece una perspectiva más sutil y completa.

Sin dar crédito al animismo o cometer la Falacia Patética, Wollheim ha propuesto que hay una correspondencia entre estados psicológicos subjetivos tales como la melancolía o la felicidad, y ciertos atributos físicos de los paisajes que descubrimos como melancólicos o felices. Estas atribuciones tienen que ver con la proyección y tienen en ese respecto un origen subjetivo. Sin embargo, estas proyecciones operan con verosimilitud inter-subjetiva, lo que quiere decir que deben valerse de una afinidad entre ellas y los objetos y la naturaleza. En este respecto, entonces, las proyecciones son objetivas o, dicho de otro modo, revelan significados latentes pertenecientes a las configuraciones de las cosas y los hechos en la naturaleza. Estas configuraciones de la naturaleza, que tienen afinidades con estados psicológicos, pueden inducir tales estados en los seres humanos.

Aunque la naturaleza presenta dichas afinidades, carece de una vida psíquica. ¿Cómo puede el pensamiento de Wollheim ayudarnos a entender los orígenes y la naturaleza del significado de la vida psíquica de los seres humanos? Los significados que informan la experiencia que un paciente tiene de su mundo constituyen un grupo de significados muy importante clínicamente. Son éstos los significados que tratamos de alcanzar a través de identificaciones empáticas exploratorias (Arlow y Beres, 1974). Durante el período que discuto, mi paciente vivió en un mundo desierto, estéril, privativo, aún más frío que lo que las afinidades de Toronto en pleno invierno pueden justificar. Dicho con mayor generalidad, los seres humanos somos también parte de la naturaleza. Paciente y analista presentan el uno para el otro (y viceversa) afinidades para la proyección. Las configuraciones de los personajes y las vidas de las personas en el vivir diario hacen lo mismo. La atribución de propiedades psíquicas a la naturaleza se ve recíproca en la atribución de propiedades naturales en nuestra vida psíquica. Hablamos de emociones tempestuosas, del ombligo de un sueño, de erupciones sexuales o agresivas. Repetidamente, los sueños usan imágenes naturales para simbolizar deseos y objetos prohibidos.

Si ahora combinamos la noción de afinidades de Wollheim con la idea de correlativos objetivos de T.S. Eliot (1919), podremos unificar la carga afectiva de objetos, (incluyendo a la proyección en la medida en que revela algo del objeto), con la «lectura» de los afectos operantes en los objetos. Elliot pensó que el «Hamlet» de Shakespeare es imperfecto porque Gertrudis no ofrece un correlativo objetivo suficiente para la cualidad e intensidad de la emoción de Hamlet. El correlativo objetivo, entonces, se refiere al encaje entre un objeto y la naturaleza e intensidad de los afectos con los que viene cargado o, en la terminología de Wolheim, la afinidad del objeto para la carga afectiva.

La discriminación de afinidades o correlativos objetivos definidos de este modo, (vale decir, el significado y el encaje del significado, de los estados afectivos en pacientes y analistas), es un aspecto crucial pero difícil del trabajo analítico. Sabemos que la identificación puede dar lugar a un contagio afectivo: La identificación exploratoria con el paciente es indispensable para el trabajo analítico. ¿Puede la identificación exploratoria operar dentro de los límites de la diferenciación entre sujeto y objeto? Quisiera sugerir que la afectividad en la respuesta del analista puede ser un instrumento para descubrir el significado de los actos, las motivaciones y el mundo interno de otro. Porder (1987) ha ofrecido una versión de la identificación proyectiva que concuerda con

la versión más general de la aprehensión afectiva del significado que estoy sugiriendo en este ensayo. Un paciente en situación lastimosa induce lástima en su analista. Si el analista no se mantiene auto-protectivamente separado y peligrosamente fuera de contacto con la vida afectiva de sus pacientes, no le queda otra alternativa que la de producir una respuesta afectiva. Pero si es que el paciente en realidad ofrece un correlativo objetivo apropiado para dicha respuesta es una pregunta que el analista debe hacerse continuamente.

A mediados de la semana del acto fallido y sus consecuencias ocupaban el centro del proceso analítico del señor J., éste llegó a mi consultorio en un estado desordenado, raído y palpablemente desdichado. Cuando iba a sentarme, el señor J., en lugar de acostarse en el diván, se arrojó al suelo sollozando en una esquina de la pieza. Balbuceando, moqueteaba y suplicaba en tono desesperado y demandante. No pude entender claramente sus palabras, pero me dio la impresión que, entre otras cosas, repetía: «Necesito plata. Tiene Ud. que darme plata. Por favor, déme plata.» Sentí lástima y angustia respecto a cómo podía ayudar al señor J. analíticamente, y me pregunté si debería tratar de ayudarlo no—analíticamente. Me preocupaba un paciente que en lugar de proceder a la libre asociación acostado en el diván, se desplazaba alborotadamente de un lado a otro de mi consultorio. También me preocupaba la seriedad de su regresión, aún cuando ésta permitió una visión momentánea del niño traumatizado que existía en el señor J. Permanecí parado junto a mi escritorio mirándolo, tratando de entender lo que decía, preguntándome qué podía decirle y, tan pronto como la oportunidad se presentó, lo invité a sentarse en una silla si es que no se sentía cómodo usando el diván ese día. Después de un rato, se calmó y aceptó mi invitación. Habló clara, coherente y repetitivamente de sus infortunios presentes hasta el final de la hora.

Sin embargo, me sentí afectado por cierto significado afectivo que operaba en la presentación y el comportamiento del señor J., como si algo en ello plantease una pregunta inarticulada no respecto a su sufrimiento sino a la futilidad del mismo, a su calidad Sísifa y su desproporción. Como si su sufrimiento no fuera exagerado sino que estuviera fuera del lugar y tiempo apropiados, semejándose más al sufrimiento del niño abandonado que al de un hombre rechazado y frustrado. A este nivel de significado afectivo, nivel que carece del lenguaje, el sufrimiento de mi paciente produjo en mí un condicionamiento de mi sentimiento de lástima, condicionamiento que planteaba un enigma persistente y desconcertante respecto a su sufrimiento —un factor «x» desconocido que invitaba mayor investigación. No me refiero aquí a un pensamiento intelectual o a un estado cognitivo, aunque es cierto que el significado afectivo daba lugar a la incertidumbre, la cual es un estado cognitivo. Me refiero más bien a las emociones que me hicieron permanecer parado junto a mi escritorio, que se sintieron satisfechas con el invitarlo a sentarse en una silla y a sentirse más cómodo. Me refiero al yo-corporal del analista trabajando en la situación analítica.

No viví su sufrimiento como un correlativo objetivo suficiente para una lástima incondicional. Más tarde, estos sentimientos reunieron y activaron mis recuerdos de su disminución sexual de Marie, de sus infidelidades y de su distanciamiento afectivo de ella a pesar de la necesidad de tenerla cerca que él mismo sentía. Luego, logré sustraer de estos recuerdos pensamiento verbalizados respecto a la disparidad entre su sufrimiento por el rechazo de Marie y los sentimientos conflictivos del señor J. hacia ella.

Es más, mi experiencia afectiva del sufrimiento del señor J. me convirtió (más allá de mi voluntad, conocimiento, control o designio respecto tanto a los gestos faciales que yo le presentaba como a su respuesta a ellos) en un correlativo objetivo al cual él respondía. Hay en los efectos mismos una sensibilidad y *savoir faire* que les permite registrar significados y responder pre—lingüística y pre—conscientemente a ellos. Fueron estos procesos los que causaron que yo mantenga para el señor J., mientras él sollozaba en el suelo, una presencia paciente, suficientemente calmada, considerada e interesada, lo que implica más que mantener una actitud analítica adquirida. En retrospectiva, diría que algún significado afectivo que el señor J. sintió en mí le permitió desistir en su intento de hacerme actuar su deseo de encontrar en mí la madre ‘buena’ — que nadie ha tenido o la madre privativa que él tuvo— un significado parte del cual probablemente podría ser formulado de la siguiente manera: «él no me va a dar lo que

quiero, pero quizás me puede ayudar». Algo semejante le permitió recobrar a sí mismo lo suficiente como para regresar al diván al día siguiente, y, eventualmente, al auto—descubrimiento restaurador que llevó este momento clínico a su conclusión.

Dentro del marco de este ensayo, no pueden considerarse completamente todos los significados del «significado» y las interrogantes que plantean. Para concluir, examinaré dos de esas interrogantes, ambas de naturaleza esencial y polémica, que se relacionan entre sí. ¿Cuál es el significado del «significado» al preguntarse «cual es el significado del olvido sintomático del señor J.»? ¿Es tal significado construido o descubierto?

El acto fallido sirvió una función defensiva. Creó una situación de privación y sufrimiento que sirvió no tanto para reprimir sino para mitigar, aislar y racionalizar retrospectivamente al maltrato de Marie. La necesidad de sufrir dolor en lugar de culpa motivó el acto fallido, el cual permitió una actuación de un trauma infantil. Así, el significado del acto fallido se encuentra en las motivaciones inconscientes que lo causaron. Aquí «significado» significa «causa». Intenciones y propósitos humanos son causados por necesidades que nos llevan a encontrar satisfacciones y a aliviar el dolor a través de relaciones con objetos, cosas o sucesos.

El uso de la misma palabra para referirse al sentido de una oración y a la motivación causal del comportamiento reúne dos significados del «significado». Si dicha reunión encierra algún significado (en el sentido lógico), su significado radica en la compatibilidad del significado y la causalidad. Probablemente, el uso semántico resulta tanto de sinonimias accidentales como de sinonimias significativas. El uso de los artículos definidos masculinos y femeninos en francés, por ejemplo, a veces parece ser bastante arbitrario y a veces parece obedecer cierta lógica. El uso de la palabra «ladrillo» en la oración «una casa de ladrillo es una casa sólida» y en la oración «Pedro es un ladrillo» esta basado en una similitud significativa. ¿Es la unificación llevada a cabo por el lenguaje por medio de los varios usos de la palabra «significado» accidental y arbitraria o significativa? Postulo que el significado y la causalidad no sólo son compatibles, sino que están intrínsecamente conectado.

El significado y la causalidad se encuentran eslabonados en la vida psíquica. La inhabilidad del señor J. de recordar que él mismo había apagado la calefacción puede dar la impresión de no ser nada más que un error mnémico supuestamente carente de significado. Sin embargo, dicha impresión desaparece apenas vislumbramos el rol desempeñado por el error mnémico en el causar la creencia errónea el señor J.; la creencia de ser objeto de maltrato. El acto fallido hizo posible la formación de dicha creencia. La creencia y el olvido fueron causados tanto por su necesidad de mitigar su

culpa respecto a su maltrato de Marie y de sus hijos, como por su necesidad de buscar una satisfacción transferencial de su deseo de una madre restaurativa. De estas necesidades, la segunda parece haber sido la dominante, puesto que la interpretación en el contexto de la transferencia y la respuesta del analista a la transferencia liberaron la inhibición mnémica: el significado de la falla mnémica es su causa.

Así, la búsqueda del significado en el momento analítico es una búsqueda de causas. El determinismo psíquico es lo que fundamenta el significado en el psicoanálisis. El punto de vista opuesto, hermenéutico o existencial, es que el significado se fundamenta en la libertad. Otros prefieren un punto de vista sintético. El artículo de Laplanche (1992), «La Interpretación entre el Determinismo y la Hermenéutica», es un ejemplo. Los opositores del determinismo psíquico y aquellos que intentan una síntesis del determinismo psíquico y la libertad, entendida como voluntad sin causa, comparten dos errores. Primero, asumen que el determinismo implica fatalismo, cuando se trata de lo contrario. Es solamente el conocimiento causal lo que nos permite afectar lo que sin tal conocimiento sería nuestro destino. Segundo, asumen incompatibilidad entre el determinismo psíquico y la libertad, cuando se trata de lo contrario. Ciertos filósofos y psicoanalistas postulan que las causas y las razones pertenecen a géneros distintos. Sin embargo, Davidson (1963) ha demostrado que tal distinción es insostenible.

Mientras no podía recordar su propia acción, el apagar la calefacción, el señor J. permaneció bajo la influencia de una creencia errónea, la de ser objeto de maltrato. Utilizó esta creencia en su afán de reforzar su deseo de ser rescatado. La mayor parte de los pensadores (los existencialistas Sartreanos son una excepción) concurrían en que el olvido, la creencia de ser objeto de maltrato y el deseo ser rescatado están ligados al determinismo psíquico. Cabe preguntar, sin embargo, si es que es posible decir lo mismo acerca del funcionamiento psíquico del señor J. luego de haber recobrado el recuerdo, cuando la creencia equivocada de ser objeto de maltrato y el deseo de ser rescatado habían disminuido. ¿Acaso no es cierto que su renovada capacidad de adaptarse a la pérdida de Marie, de cuidar de sí mismo y de trabajar en su análisis reflejan libertad, sobre todo en una comparación a la compulsión bajo la cual el señor J. funcionaba previamente? Por supuesto que sí. Pero esto no quiere decir que sus actos no son gobernados por la casualidad, el carácter compelido o libre de un acto depende de la naturaleza de las casualidades operantes, no de si el acto es causado o no. Es cierto que luego del momento analítico que he examinado, la percepción del señor J. de la posadera sería menos influenciada que durante tal momento por cualidades que él había proyectado sobre ella. También es cierto que, luego del momento analítico, el señor J.

podría formar percepciones más realistas de ella. Pero esto significa que su percepción de ella se habría vuelto menos subjetiva menos dominada por fantasías inconscientes— y más objetiva más determinada por lo que ella en realidad es. El significado de la posadera para él correspondería más exactamente al tipo de persona que otros la consideran y al tipo de persona que ella en realidad es. Por consiguiente, sus actos podrían ser más realistas, más efectivos en el procuramiento de satisfacciones y más determinados por necesidades adultas en lugar de infantiles; vale decir, más libre, dadas las casualidades operantes. El significado no es antitético a la casualidad. Ninguna síntesis es necesaria para trascender su oposición. Si uno busca afectar a una persona o situación, uno tiene que poder permitir que la persona o situación lo afecten a uno mismo. En el momento analítico, el significado surge a través de la expresión afectiva y verbal de interacciones causales. El significado de estas interacciones se articula completamente cuando logramos expresar dichas causas por medio de palabras. Es precisamente por que se fundamenta en procesos causales que el significado puede ser descubierto en lugar de ser construido.

Bibliografía

1. **Arlow J.** (1959), Psychoanalysis as scientific method. In: Psychoanalysis, Scientific Method and Philosophy, edited by S. Hook, New York: Grove Press, 1960:201—211.
2. **Arlow J. and Beres, D.** (1974), Fantasy and identification in empathy. *Psychoanalytic Quarterly*, 43:26-50.
3. **Davidson D.** (1963), Actions, reasons and causes. *Journal of Philosophy*, 60:685-700.
4. **Eliot TS.** (1919), Hamlet and his problems. En: *The Sacred Wood, London: Methuen*, 1928:95—105.
5. **Freud S.** (1915), The unconscious. *Standard Edition*, 14:166-215.
6. **Freud S.** (1921), group psychology and the analysis of the ego. *Standard Edition*, 18:69-143.
7. **Freud S.** (1924a), Neurosis and psychosis. *Standard Edition*, 19:149-153.
8. **Freud S.** (1924b), Loss of reality in neurosis and psychosis. *Standard Edition*, 19: 183-187.
9. **Hanly C.** (1979), *Existentialism and Psychoanalysis*. New York: International Universities Press.

10. **Hanly C.** (1992), *The problem of Truth in Applied Psychoanalysis*. New York: The Guilford Press.
11. **Laplanche J.** (1992). Interpretation between determinism and hermeneutics: a restatement of the problem. *International Journal of Pshycho—Analysis*, 73: 429-446.
12. **Quine WV.** (1953), *From a Logical Point of View*. Cambridge, Mass.: Harvard University Press.
13. **Ryle G.** (1966), The Tçtheory of meaning. In: *British Philosophy in the Mid-Century*, edited by C.A. Mace, London: George Allen and Unwin, pp. 239-264.
14. **Sacks O.** (1993), A neurologist's notebooks. *New Yorker*, 69:106-125.
15. **Tarski A.** (1944), The semantic conception of truth. In: *Readings in Phibosophical Analysis*, edited by H. Feigl and W. Sellars. New York: Appelton –Century –Crofts, 1949:52—84.
16. **Viderman S.** (1970), *La Construction de l'espace Analytique*. Paris: Denoel.
17. **Wallheim R** (1993), *The Mind and its Depths*. Cambridge, Mass.: Harvard University Press.
18. **Wittgenstein L.** (1953), *Philosophical Investigations*. New York: MacMillan.

**Descriptores: DETERMINISMO/ CAUSALIDAD/ SIGNIFICADO
 INTERPRETACIÓN/ AFECTOS / EPISTEMOLOGÍA/
 MATERIAL CLINICO**